

creer que hubiera habido tal estado de cosas, y si realmente se ha descubierto esa deficiencia, debe haber sido más bien cuestión de fórmula que en el terreno práctico. De todos modos, sea cierta ó falsa la noticia de esta irregularidad, es de la mayor importancia que el Presidente Díaz elija para la cartera de Hacienda á un hombre público cuya versación en asuntos económicos es tan indisputable y tan reconocida como su probidad. Ambas condiciones concurren en el Sr. Romero.

«Como el «Advertiser» fué tal vez el primer periódico de los Estados Unidos que recomendó vivamente el nombramiento del Lic. Romero para el cargo vacante por la muerte del Sr. Dublán, experimenta creciente interés cuanto al resultado y espera que se cumplirán las predicciones de los despachos de la prensa.

«No es necesario ensalzar la gestión del Ministro Sr. Romero en Washington. Su reconocido tacto y pericia diplomática han sido un beneficio inestimable para el Gobierno de México en tiempos pasados, y en más de una ocasión han evitado un declarado rompimiento en períodos de tirantez de relaciones diplomáticas. Los arreglos militares obtenidos por su mediación han hecho empresa posible la persecución y captura de los apaches hostiles en el Sudoeste. Su acción pronta y eficaz ha evitado conflictos en la Baja California durante la fiebre de oro imperante en aquella comarca. Sin vacilar jamás en su lealtad á los altos intereses de su patria, ha contribuido poderosamente á abrir la senda del mejoramiento y el progreso de sus conciudadanos. Instruido, bondadoso, inteligente, sagaz, cortés y sin embargo enérgico, su gestión como embajador en los Estados Unidos ha sido notablemente afortunada, resultando á la vez beneficiosa para ambas Repúblicas, entre las cuales fomentó los sentimientos de cordial amistad que hoy felizmente existen.

«Cuanto á su capacidad en asuntos financieros, hubiérale sido imposible desempeñar aceptablemente su puesto en Washington sin tener un conocimiento exacto y minucioso á la vez que amplio y comprensivo de este ramo. La existencia de negociaciones para la reciprocidad comercial, es otra razón en pro del nombramiento del Sr. Romero para el Ministerio de Hacienda. No hay ninguna personalidad mexicana, con la excepción posible del Presidente Díaz, que esté en más cercanas relaciones personales con los que tienen á su cargo las negociaciones de reciprocidad; ni Ministro de Hacienda que pudiera llevar adelante, con éxito más señalado que el Sr. Romero, tales negociaciones. El Presidente Díaz lo comprende perfectamente, como parecen indicarlo los rumores acerca del nombramiento del Sr. Romero.»

(Del «Le Nouveau Monde», París, Junio 18, 1892.)

El Sr. Matías Romero, Secretario de Hacienda de México.

El eminente hombre de Estado, el gran patricio, el hábil é íntegro funcionario, que el General Porfirio Díaz, Presidente de los

Estados Unidos Mexicanos, acaba de llamar para confiarle la dirección de la Hacienda Pública, es un personaje de tiempo atrás conocido y estimado por los lectores del «Nouveau Monde,» que, conociendo bien todos sus gloriosos antecedentes, no han podido menos que aplaudir el acto de confianza con que acaba de honrarlo el primer Magistrado de la Nación.

Desde el año de 1858, fecha de su ingreso en el servicio de la República, el Sr. Matías Romero ha recorrido una carrera toda de honor y de trabajo, sin que en todo su curso haya podido increpársele un solo instante de duda en su consagración á los grandes principios de libertad y justicia.

Como Representante del Gobierno de D. Benito Juárez cerca del de los Estados Unidos, en la época angustiosa de la invasión extranjera, supo mantener muy en alto y firme la bandera de la República, con una energía, inteligencia y dignidad muy notables, y con estas mismas condiciones, apoyar sus derechos y combatir todas las intrigas de la diplomacia napoleónica, en favor del reconocimiento oficial del Imperio de Maximiliano.

Por cierto que no era un banal espectáculo el que presentaba ante el mundo ese Ministro de una causa que se consideraba perdida, conservando en medio de todos una fe incontrastable en el triunfo de la República, levantando el espíritu de los que vacilaban, y multiplicando al infinito las visitas, notas y memorias oficiales, para procurar recursos pecuniarios y armas, para aquellos de sus conciudadanos que continuaban en la lucha por el derecho y la libertad. Después de los días de infortunio y de un desigual combate, sin tregua ni cuartel, el efímero Imperio de Maximiliano, rodó, herido de muerte, sobre el «Cerro de las Campanas.»—La República, pues, obtuvo la victoria, gracias, en primer lugar, á la indomable energía del Gran Juárez, pero también en mucha parte, á la lealtad é inteligencia de su Ministro en Washington.

Restablecido definitivamente en México el orden legal después de una guerra de seis años, era pues necesario pensar en la reorganización de un país, casi enteramente exhausto, en la cual la cuestión de la Hacienda Pública se presentaba naturalmente como la más ardua, y aquella para cuya solución se requería la acción de un hombre, cuya inteligencia se aunara con la abnegación mas completa. D. Benito Juárez en tales circunstancias no vaciló, y confió desde luego al Sr. Romero la difícil misión de reconstruir, desde la base á la cima, la Administración de la Hacienda federal de la República.

Llenola el Sr. Romero con un celo y habilidad, que sus mismos adversarios políticos no pudieron menos de reconocer, tributándole merecido homenaje. Sin medir sus fuerzas y sin preocuparse por alteraciones en su salud, se consagraba sin interrupción á un im-probo trabajo de sobre diez y siete horas al día, no confiando á otros, sino reservándose á sí mismo el laborioso y profundo estudio; aun de las cuestiones de importancia secundaria, sometidas á la resolución de su departamento. Fatigado al fin por tan rudas labo-

res, en 1872 tuvo que dejar la cartera de Estado, para ocupar una curul de Diputado al Congreso de la Unión, en donde con la grande extensión de sus conocimientos, así como su mucha experiencia, prestó los más eminentes servicios.

En 1879, el Presidente Díaz le confió á su vez la dirección de la Secretaría de Hacienda, que conservó hasta el término presidencial de ese ilustre jefe del Estado.

En 1882, varias cuestiones de importancia y gravedad excepcionales, surgieron con los vecinos Estados Unidos del Norte; y para resolverlas se necesitaba una persona que tuviese pleno conocimiento de hombres y cosas de los Estados Unidos, y que á la vez reuniese la circunstancia de ser muy aceptado en el Gabinete de la casa Blanca. Tal persona se indicaba por sí misma, y el Presidente Manuel González nombró en consecuencia al Sr. Romero, Ministro Plenipotenciario de la República cerca del Gobierno de Washington.

Ese puesto tan elevado y todo de confianza, nadie ignora cómo ha sido desempeñado por el eminente diplomático. Durante los diez años que en él ha permanecido el Sr. Romero, ha consumado una obra de gran Ministro y de ínclito patriota; gracias á su perfecto tacto, á su consumada habilidad, á su inteligente afabilidad y finas maneras, y muy especialmente al crédito de gran saber de que legítimamente goza entre los hombres de Estado americanos, todas las dificultades pendientes fueron resueltas en el más favorable sentido para el interés de México, y después de ese resultado, la menor sombra de desavenencia no ha vuelto á perturbar las relaciones cordiales que existen entre esas dos grandes naciones.

Tal es, pues, el hombre á quien el Presidente Díaz acaba de confiar el manejo de la Hacienda Pública de México. En el desempeño de su misión, el Sr. Romero no encontrará en esta ocasión las graves dificultades con que tuvo que luchar en 1867 y 1877. La hábil administración del General Díaz, en doce años de ímproba tarea, ha transformado completamente á la República, consolidado su crédito público, y efectuado un gran desarrollo de gran parte de las fuentes de riqueza del país. Esta obra no está aun terminada: queda mucho por hacer para ello, y para alcanzar todo el éxito apetecible en tal objeto, se necesita nada menos que la acción del celo patriótico y de la inteligencia de D. Matías Romero. La confianza absoluta que tenemos en este funcionario, creemos que resultará plenamente justificada; la noticia de su elevación al puesto de Secretario de Hacienda, ha producido una muy favorable impresión en todos los grandes centros europeos, porque por doquier se sabe que su nombre es sinónimo de honor y probidad.

Ayudado en sus labores por un Sub-secretario de Estado de tanto mérito como el Sr. José Yves Limantour, hijo de un compatriota nuestro, se puede abrigar la seguridad de que las finanzas mexicanas no asumirán críticas condiciones, que se llenarán fielmente todos los compromisos contraídos por el país, y que bajo su sabia administración, México continuará avanzando con rápida marcha en esa gran vía de progreso, en que lo ha colocado su ilustre Pre-

sidente Porfirio Díaz, tan justamente llamado el «*Regenerador de su Patria.*»

(Del "The Two Republics, México, Julio 3 de 1892).

El nombramiento del Hon. Matías Romero para Secretario de Hacienda, sigue dando lugar á comentarios favorables en la prensa tanto de este país como de los Estados Unidos y Europa.

Los dilatados servicios á su patria del Sr. Romero, en los varios elevados puestos que ha desempeñado, le han formado una reputación internacional, y hecho que su nombre inspire confianza por doquiera.

Su prolongada permanencia en Washington, en donde representaba á su país con tan distinguida habilidad y en donde ha disfrutado siempre de muy grande influencia, quizás mayor que la que tuviera cualquiera otro miembro del Cuerpo Diplomático extranjero, ha dado lugar á que el pueblo Americano, haya formado un justo concepto de su gran mérito. Los sentimientos que ese pueblo abriga al respecto del Sr. Romero, se encuentran perfectamente expresados en una nota que Mr. Wharton, encargado del Departamento de Estado, ha dirigido á nuestro Ministro Ryan, y en la que dice:

"Abrigando los más ardientes deseos por la prosperidad personal del Ministro, que durante tanto tiempo y tan hábilmente ha representado á México en esta Capital, y cuyas relaciones con el Departamento de Estado han sido invariablemente cordiales, nuestra buena voluntad, naturalmente, lo acompaña en su aceptación de los nuevos honores que le ha conferido su Gobierno.

La satisfacción universal con que en todo el país ha sido recibido el nombramiento del Sr. Romero, y la expresión general de confianza en sus aptitudes y patriotismo que de todas partes se transmite, es prueba evidente de que no solamente es estimado en lo que vale por el pueblo de los Estados Unidos, sino también por sus propios conciudadanos.

Los primeros actos del Sr. Romero, al recibirse del Departamento de Hacienda, por la tercera vez, revelan su carácter enérgico, y su perfecto conocimiento de las condiciones hacendarias de la nación, y tienden á comprobar la confianza que como hábil financiero deposita en él su país.

Del "Tráfico de Guaymas," Julio 3 de 1892.

Don Matias Romero.

No vamos á hacer una biografía. ¿Quién no conoce la del patriota cuyo nombre sirve de título á este pequeño artículo? Vamos á comentarla. Nadie ignora lo que en su vida ha sido el Sr. Romero:

empleado en la Secretaría de Relaciones, Oficial de Estado Mayor, diplomático, colono, agricultor, periodista, Ministro de Hacienda: todo lo que ha podido ser para realizar su fin que más adelante descubriremos.

No podría extrañarse que un individuo, bajo el imperioso mandato de la necesidad, se dedicase á tan variadas ocupaciones, si ellas se le presentaban sin posibilidad de elección, como medios de adquirir riqueza y bienestar; pero es el caso que Don Matías Romero, no sólo las ha aceptado, sino en ocasiones también buscado, cuando no eran ellas el camino que conducía á su bien personal, sino muy al contrario, al esfuerzo heroico, al combate contra toda clase de obstáculos, y acaso al sacrificio. Tal parece que Don Matías Romero ha adoptado por lema aquella frase de Dean Stanley: "la vida sin lucha no vale la pena: vivir es nadar, no con la corriente, sino contra ella." Fué el Sr. Romero empleado de la Secretaría de Relaciones, cuando el Gobierno legítimo de México, perseguido por la reacción triunfante, se refugiaba en Veracruz, lugar justamente temido por los que no nacieron en él; fué militar cuando Napoleón III asaltaba el país y se inauguraba la salvaje guerra que terminó con el patíbulo de Maximiliano; fué Ministro en Washington, cuando la República de los Estados Unidos pasaba como la nuestra, por acerba prueba y apenas si había allá quien quisiera acordarse de un gobierno arrojado por las bayonetas de tres naciones europeas hasta una aldea fronteriza; fué Ministro de Hacienda, cuando no había Hacienda; eligió, en fin, para ser colono y agricultor, no los apasibles y salubres valles de las tierras templadas, sino los ricos, pero lejanos bosques de un departamento de Chiapas, que codiciaba é invadía el guatemalteco Barrios. Así, cuando no ha tenido por deber que aceptar la lucha, él la ha buscado; y la que él ha buscado ha sido la más intensa y árdua."

Raro ha de ser el hombre á quien el destino llame así, constantemente, á poner á heroica prueba su voluntad, sus fuerzas, su perseverancia, su patriotismo y su abnegación, y más raro aún el que, aceptando invariablemente y sin vacilar tal prueba, salga de ella, no como exigiría el vulgo, sino como pudieron esperarlo los sábios y los justos. La Rochefoucauld decía que "los hombres tenemos más fuerza que voluntad, y sólo para excusarnos á nosotros mismos, nos imaginamos que las cosas son imposibles." En Don Matías Romero se observa lo contrario: hombre verdaderamente superior, multiplica su fuerza con su voluntad, emprende, apóstol del progreso, lo que la generación que va pasando califica de imposible, y si alguna vez, circunstancias abrumadoras le detienen ú obligan á dar un paso atrás, aumenta su esfuerzo como si tuviera la conciencia de que una derrota suya no es sino el paso á más grandes triunfos. Así perdió su cafetal "Juárez," para que en seguida México reivindicara sus derechos al Departamento de Soconusco.

En las circunstancias en que el Sr. Romero ha sido llamado á ocupar tan distintos puestos y hacer tan diferentes cosas, sus trabajos han tenido que ser, más que de resultados inmediatos, de

porvenir; y esos trabajos son, en la gran mayoría de casos, de los que agotan y no dan fama. El vulgo pretende que quien planta una huerta, está obligado á ofrecer manzanas á sus amigos al día siguiente del primer aguacero, so pena de que todos ellos se alegren de su fiasco como horticultor. Otro puede venir más tarde á recoger el fruto, y de éste será el aplauso de la multitud y las felicitaciones de los interesados. Aquella clase de labor de siembra, no de cosecha, ha tocado frecuentemente al Sr. Romero, y el vulgo no ha podido ver ni apreciar el éxito de ella. Sin embargo, el Sr. Romero es estimado y respetado por los hombres sensatos, de un confín al otro de la República. ¿Por qué? Porque todos han podido descubrir los móviles de su vida.

¿Qué ha buscado en tanta lucha? ¿Cuál ha sido su fin? Aquí está la verdadera explicación de su éxito. ¿Ha buscado fama? Cuando el aplauso ha sonado, el Sr. Romero ha corrido á ocultarse tras del Gobierno de su patria. Cuando no ha realizado lo imposible, y la ignorancia y la maledicencia lo han hecho responsable de la culpa de una época, ha aceptado el fallo del vulgo sin explicar su propia situación. ¿Ha buscado comodidades y riqueza? Cuando se vió libre del peso de grandes deberes oficiales y pudo dedicarse á atender sus intereses, no se entregó á especulaciones que él, como nadie, conocía, ni á la fácil y tranquila explotación de una cómoda propiedad, sino que emprendió la cruzada en favor del cultivo del café, esa gran riqueza de México, y dando el ejemplo á la vez que el consejo, se fué como colono á los confines de Chiapas, con el valor del hombre civilizado, que consiste, no en pegar y matar, que esto también lo hacen los asnos enfurecidos, sino en la inflexible resolución de cumplir con el deber. Entonces, ¿cuál ha sido el móvil del Sr. Romero? Este: "servir á su patria como ha podido y lo mejor que ha podido." Diríamos con verdad que nació para servir á México y para nada más. He ahí cómo se explica su rara adaptabilidad á vocaciones tan diferentes. Si el Gobierno de su país quiere que sea ministro, diplomático ó secretario de Estado, acepta la responsabilidad sin vacilar, y no se permite un momento de descanso en el desempeño de su encargo; pero si se le releva de éste, con igual voluntad se va á sembrar café y plantar árboles de hule á un desierto, estimulando, con su palabra á la vez que con su personal ejemplo, el desarrollo de las grandes riquezas de México.

Esa sumisión, absoluta é incondicional, á su destino de mexicano que tiene por el supremo de sus deberes trabajar en el bien de su patria, ha suplido en él el génio, si no es una clase especial del génio ese enorme poder de atención, de perseverancia, de propósito y de laboriosidad, que distingue al Sr. Romero entre cientos de miles de hombres.

Con tan excepcionales cualidades, ha prestado á la República servicios verdaderamente eminentes que no podríamos enumerar en este limitado artículo; pero pudiera observarse que el Sr. Romero no ha sido diplomático, financiero, publicista ó agricultor sino por accidente: su *especialidad* es otra: nació para ser patriota, y eso es

lo que él es. Todos sus actos llevan el sello de su intención y la revelan, y si, como creía Longfellow "el talento del éxito consiste en ocuparnos con empeño enérgico en lo que podemos hacer bien," es indudable que el Sr. Romero posee en extraordinario grado ese talento, adoptando por objeto de su vida el bien de la patria.

Si los hombres han de ser conocidos por sus hechos; tal es el Sr. D. Matías Romero: un gran patriota. El Presidente, al encargarle que trace la línea de la política económica y de la organización fiscal del país al inaugurarse el nuevo período constitucional, casi ha dado un programa, que los hombres reflexivos han comprendido, y que conquista al ilustre gobernante una multitud de voluntades dentro y fuera de la República. Honradez, incesante vigilancia, prudencia, fidelidad á los compromisos contraídos y despacho de los negocios por sus propios méritos, y no por interesadas influencias de intermediarios: esto es lo que anuncia para el presente y el porvenir el nombramiento, acaso transitorio, del Sr. Romero, y podemos con justicia abrigar la halagadora y muy fundada esperanza de que el Gobierno, fuerza de cohesión de la sociedad, y por lo mismo factor necesario del progreso, continuará vigorizándose y dando más y más vida, respetabilidad y crédito á la nación.

«La Estrella de Panamá». Año 42. N.º 1116.—Panamá, jueves, Julio 14 de 1892.

El Ministro de Hacienda en México.

Hallándose la República Mexicana en un período de actividad extraordinaria, y dependiendo su porvenir seguramente del planteamiento y solución de los grandes problemas financieros en que está comprometida ó pueda comprometerse, es indudable que el puesto más delicado y el de mayores responsabilidades es el de Ministro de Hacienda.

La persona que en la actualidad desempeña ese delicado puesto, está con justicia muy acreditada en Europa y en los Estados Unidos; pero en Sud-América, exceptuando el Ecuador y tal vez alguna otra República á quien ha prestado desinteresados servicios, no se le conoce tanto como por sus relevantes méritos debe serlo.

Desde luego no hay exageración en llamarle estadista eminente, gran patriota, hábil é íntegro funcionario. Desde el año de 1852 que entró al servicio de la República, ha seguido una carrera toda de honor y de trabajo, sin que sea posible conocerse una sola consecuencia con los principios de libertad y justicia.

Representante del Gobierno de México cerca del de Washington durante la administración del ciudadano Benito Juárez, en días de aciaga memoria, cuando la invasión de los franceses sometió el patriotismo de los mexicanos á pruebas dolorosas, supo con energía, inteligencia y dignidad más que notables, afirmar los derechos

de esa República y desbaratar todas las intrigas de la diplomacia napoleónica en favor de que se reconociera oficialmente por los Estados Unidos el imperio de Maximiliano. Era una gran figura ese Ministro de una causa que parecía perdida. El conservó en medio de los desastres que abrumaban á la patria una fe inquebrantable, fortificó el valor de los que dudaban del triunfo final de la República, multiplicó las visitas, memorias y notas, y á fuerza de prodigios obtuvo recursos en armas y dinero para sus hermanos que peleaban por el derecho y la libertad.

Después de días tristísimos, después de las peripecias memorables de una lucha desigual pero sin tregua ni cuartel, cayó el imperio efímero de Maximiliano cuando este Príncipe cayó también herido por las balas de los patriotas justicieros en el Cerro de las Campanas. México obtuvo entonces la victoria, gracias á la indomable energía del gran Benito Juárez; pero es justo declarar que también la debió en no mínima parte á la abnegación é inteligencia de su Ministro en Washington.

Restablecido el orden legal en México, después de seis años de guerra cruenta que lo dejaron exhausto, vino el período de reorganización. Nunca la cuestión financiera ha presentado en ningún país peor aspecto: para resolverla era preciso un hombre cuya inteligencia estuviese á la altura de una abnegación á toda prueba. El ciudadano Benito Juárez no vaciló y confió al Sr. D. Matías Romero la difícil misión de reconstituir, desde la base á la cima, la administración de finanzas de la República.

Desempeñó esta misión con un celo y una habilidad que mereció el reconocimiento de sus mismos adversarios. Trabajando diez y siete horas diarias no dejó nunca de estudiar profundamente cuanto se rozaba con el departamento de su cargo, hasta que al fin quebrantada su salud por tanto trabajar, le fué preciso abandonar su cartera y ocupar un asiento en el Congreso de la Unión, en donde su legítima autoridad y su gran experiencia estuvieron con no menos provechosos resultados á servicio de la patria.

En 1879 el Presidente Díaz le confió á su vez el Ministerio de Hacienda que conservó hasta concluir el período de aquel Jefe del Estado. En 1882 algunas cuestiones de gravedad excepcional surgieron con los Estados Unidos. Para allanar dificultades se necesitaba una persona que no ignorase nada de los hombres y cosas de los Estados Unidos, y que fuese al mismo tiempo persona *gratisima* cerca de la Casa Blanca. El Presidente González nombró entonces al Sr. Romero, Ministro de México en Washington.

Por la prensa de ambos continentes se sabe ya cómo el eminente diplomático desempeñó aquel elevado puesto. Durante diez años que ha estado acreditado cerca del Gobierno de los Estados Unidos, su obra ha sido digna de un gran Ministro y de un gran patriota. Gracias á su tacto perfecto, á su habilidad consumada, á la exquisita cortesía de sus maneras y sobre todo á la autoridad incontrastable de que gozara cerca de los estadistas norte-americanos, se resolvieron todas las dificultades en el sentido más favorable á Mé-

xico, y desde entonces nada ha turbado la cordial inteligencia que existe entre esos dos grandes Países.

Tal es la persona á quien el Presidente Díaz acaba de confiar la gestión de las finanzas mexicanas. Ciertamente que ahora no encontrará en el cumplimiento de su tareas, las grandes dificultades que venció en 1867 y 1879. Sin embargo, la obra no está concluida: aun hay mucho por hacer y esto depende de su inteligencia y celo.

La noticia de su promoción al Ministerio de Hacienda ha producido la mejor impresión en los mercados europeos, porque todos saben que el nombre del Sr. Romero es sinónimo de honor y probidad.

Para concluir diremos que las ideas expuestas en este escrito son universalmente aceptadas. En términos todavía más encomiásticos y más extensos, se expresan innumerables diarios de América y de Europa. Nosotros hemos creído cumplir con un deber, enalteciendo los méritos de un estadista que honra á la América española y que, si vive, llegará á ser Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. Después de D. Porfirio Díaz, la figura más grande en México, es D. Matías Romero.

APENDICE.

Artículos sobre «La asonada de Garza y sus enseñanzas.»

(Del «The Two Republics». México, 8 de Septiembre de 1892.)

Llamamos la atención de nuestros lectores al artículo «La asonada de Garza y sus lecciones», que comenzamos á publicar en nuestro número de ayer, y terminaremos en el de mañana.

Dicho artículo, de la pluma del Honorable Matías Romero, contiene la más completa y fidedigna narración que hasta hoy haya sido publicada, del movimiento de Garza en el Río Grande. En él se describe la situación peculiar de la frontera, que hizo posible, para un hombre del carácter y posición de Garza, la organización de un grupo de prosélitos: da el número exacto del llamado ejército revolucionario: hace una fiel relación de sus movimientos, inclusive el de su invasión al territorio de la República, así como el de su rápida expulsión del mismo; y finalmente, pone de manifiesto las falsas ó exageradas noticias que respecto de tales movimientos se circulaban por los periódicos americanos y los perjuicios que dichas noticias originaban, terminando por indicar la conveniencia de que se proponga un remedio en contra de la repetición de esos abusos.

El artículo del Sr. Romero, que por primera vez vió la luz en el número de Septiembre, de la «Revista Norte Americana», llamó la atención general en los Estados Unidos, y sin duda producirá allí profunda impresión, por el hecho de quedar demostrado que la revolución «Garza», como se designaba por los correspondientes de la frontera, no fué tal revolución, y que la única importancia que pudo tener, fué obra exclusiva de los expresados correspondientes, que tan sin escrúpulo como intencionalmente, fabricaban sus noticias, con el solo fin de hacer creer en el extranjero que la paz interior de que México ha gozado desde 1876, se hallaba seriamente amenazada, y por ende perjudicar el crédito del país.

La exposición que hace el Sr. Romero, de los hechos relativos á la asonada de Garza, debe causar una desagradable sorpresa á muchas personas que mediante ella se aperciban de que la Prensa de los Estados Unidos ha sido explotada como instrumento para fomentar los bastardos designios de un aventurero vulgar y de sus rapaces prosélitos. Si, pues, hombres como Garza y su séquito, tienen